

A la memoria de académicos fallecidos: Samuel Fastlicht

JUAN SOMOLINOS-PALENCIA*

Nos interesa recordar a los que siempre observaron el bien y la cultura. La verdad es que el doctor Samuel Fastlicht no ha muerto del todo; algunos fervientes amigos velamos por su presencia y con el recuerdo de su vida enriquecemos nuestro espíritu.

El doctor Samuel Fastlicht nació el año 1902 en Sambor, ciudad austriaca que por efectos de la primera guerra mundial, hoy forma parte de Polonia; allí realizó sus primeros estudios y tiempo después tuvo que emigrar.

Viajó a México en 1923 y comenzó a trabajar en esta ciudad, donde por su habilidad y vocación se dedicó a las labores de mecánico en consultorios de dentista, mientras que por las noches asistía a la Escuela Nacional Preparatoria. Después, cursó sus estudios de odontología y el 13 de febrero de 1932, recibió el título profesional de cirujano dentista. Su tesis: "*Prótesis Facial*", fue el primer indicio de su producción científica. En 1931, aún siendo estudiante de dentista, asistió con la delegación mexicana a un Congreso Dental Internacional en París, donde quedó asombrado ante las nuevas y revolucionarias técnicas, en particular sobre ortodoncia: el acero inoxidable, los arcos linguales removibles en oro platinizado; innovaciones entonces desconocidas en México; fueron impresiones que posteriormente le animaron para viajar a los Angeles, cursar la especialidad en ortodoncia y años después, a reunir a todos aquellos que en México practicaban esta especialidad en una asociación (30 de octubre de 1934).

* Académico numerario.



La Sociedad Mexicana de Ortodoncia es el primer grupo que se organizó en la historia de la ortodoncia mexicana, dando así formalidad a esta especialidad que años antes se practicaba en forma empírica. A través de esta asociación, se realizaron cursos y conferencias a los que fueron invitados especialistas extranjeros. Toda esta actividad se adelantó a la Asociación Dental mexicana que aún no había sido formada.

Por su dedicación en el campo de la ortodoncia, Samuel Fastlicht fue nombrado profesor extraordinario de la Universidad de Guadalajara (1941) y honorario de la Universidad de Mérida, Yucatán (1950). Destacó como secretario y después como presidente de la Asociación Mexicana de Ortodoncia. Tuvo a su cargo la presidencia del Primer Congreso Interamericano de Ortodoncia celebrado en Nueva Orleans el año 1942.

Marcó su acentuado interés académico al haber sido fundador y presidente de la Academia Nacional de Estomatología de México; corporación que hasta la fecha busca reunir odontólogos cuyos conocimientos eleven la calidad profesional.

Don Samuel perteneció a más de doce asociaciones y descubrimos su personal interés al colaborar en grupos dedicados a la historia y filosofía de las ciencias, de donde surgió y nos dejó la mejor y más completa labor sobre historia de la odontología mexicana.

Su vocación por la historia nació de la amistad con el doctor Alfonso Caso, Don Samuel se convirtió en un asiduo asistente a las clases de arqueología y a las célebres conferencias que el doctor Caso dictaba en el viejo Museo de Antropología y en el Colegio Nacional. Inició su carrera de historiador cuando en 1947 publicó un análisis radiológico de las mutilaciones dentarias pertenecientes a la colección del Museo Nacional de Antropología. Un año después publicó en el periódico de la Asociación Dental Americana un estudio referente a la odontología que contiene el códice Martín de la Cruz (Badiano).

En 1951 editó su primer libro: *El Arte de las Mutilaciones Dentarias*, donde aparecen todas las investigaciones que hasta entonces había llevado a cabo. A partir de la aparición de este libro Samuel

Fastlicht se colocó internacionalmente como el investigador más importante en Odontología Prehispánica; labor de búsqueda que culminó veinte años después con la publicación de otro libro: *La Odontología en el Museo Prehispánico* (1971), traducido posteriormente al inglés y editado en Alemania.

Sus observaciones no sólo se limitaron al estudio detallado de las mutilaciones e incrustaciones dentarias; se preocupó por el análisis de las diferentes jadeitas y la composición de pegamentos que se utilizaron en dichas incrustaciones.

Como concienzudo investigador, paralelo a sus trabajos, surgió el análisis bibliográfico y de ello nació su famosa *Bibliografía Odontológica Mexicana*, publicación esencial para todo investigador en la materia; y en donde se reúnen las obras odontológicas publicadas en México desde el siglo XVI hasta el año 1950.

Por su interés en la historia de la odontología, se le invitó a colaborar con la comisión para la edición de las obras de Francisco Hernández, donde una vez más analizó los aspectos odontológicos en la obra de este médico español. En 1964 participó con un análisis completo del contenido odontológico del *Libellus de Medicinalibus Indorum Herbis* publicado por el Instituto Mexicano del Seguro Social.

Con el interés de reconstruir las distintas etapas de la odontología mexicana, Don Samuel dedicó su tiempo a rescatar del olvido, la obra del maestro chiapaneco Don Mariano M. Ruiz, escrita en 1894 y dedicada a los cuidados que deben tener las personas con sus dientes. El libro se llama: *La dentadura natural y artificial. Manera de conservarla y repararla*; en él se habla por primera vez del flúor como medio para proporcionar dureza al esmalte de los dientes. Además de estas obras reseñadas, Samuel Fastlicht dejó más de 40 artículos sobre la historia de su profesión. En más de cincuenta años de labor ininterrumpida dejó la mejor contribución bibliográfica y la biblioteca más completa sobre historia de la odontología.

Sobre su actividad profesional, el hombre. Advirtamos la evolución del científico a lo largo de su vida y percatémonos de la integridad con que guardó su espíritu para dejarlo ahora entre nosotros.

A la memoria de académicos fallecidos: Francisco Fernández del Castillo

JUAN SOMOLINOS-PALENCIA*

Para remodelar la vida del doctor Francisco Fernández del Castillo, y dar un solo sentido a todas sus cualidades; debemos hablar de sencillez recóndita y casi instintiva. En la vida de Fernández del Castillo hay que buscar algo más que su actividad de médico.

Desde joven con muchas inquietudes intelectuales, y bajo la influencia de su padre que fuera un concienzudo historiador, Don Francisco emprendió la tarea de mantener una tradición que José María Reyes, Joaquín García Icazbalceta y Nicolás León habían iniciado muchos años antes. Nunca perdió su profesión de médico y su vocación de historiador.

Dos años antes de terminar sus estudios, Don Francisco comenzó a trabajar en el Hospital General y en 1923 se graduó de médico. Tres años más tarde se integró al cuerpo docente de la Facultad de Medicina. Fue: ayudante de las clases de terapéutica, clínica médica y fisiología.

También fue profesor de fisiología, farmacología e historia de la medicina. Impartió las clases de higiene y farmacología en la Escuela Nacional Preparatoria y en la Facultad de Odontología. En 1944 se le nombró miembro del consejo técnico consultivo y dos años después secretario de la Facultad de Medicina. Don Francisco ocupó interinamente, en varias ocasiones, la dirección de la Facultad.

En 1956 desempeñando el cargo de Jefe del Departamento de Farmacología organizó e instaló una Biblioteca Histórica y preocupado por la enseñanza, unificó su obra para crear el Departamento de Historia y Filosofía de la Medicina, siendo hasta el final de sus días jefe de esa dependencia.

Miembro de más de 10 sociedades de Historia de la Medicina, Don Francisco Fernández del Castillo fue hombre que supó recoger el espíritu de la historia, difundirlo entre sus contemporáneos y transmitirlo a sus seguidores con impulso inagotable.

Diríamos que comprendió el bien histórico, única aspiración permanente en la evolución del tiempo; lo entendió como el florecimiento del ser humano que busca su dirección en toda la herencia cultural.

En sus trabajos se esforzó porque sus lectores se adueñen del pasado y cosechen por sí mismos la experiencia. Nunca pretendió crear eruditos o educar discípulos bajo un concepto limitado. Don Francisco deseó que todos los que seguimos su cami-



* Académico numerario.

no busquemos lo que convenga a nuestra personalidad y encontremos el deleite en hacerlo, sin que importe el sentido de aficionado que exista en ello.

Quien recuerde a Don Francisco en sus disertaciones sabrá que no se detuvo a buscar las palabras, no vaciló, no se corrigió nunca. Su clase daba la impresión de ser un ejercicio religioso. Podemos imaginarlo como un catedrático a quien las lecciones no lograron distraer de su constante inquietud indagadora. Adiestrado en la medicina prehispánica y colonial, no temió lanzarse al diletantismo y, más atento a los significados que a los hechos, nunca se apegó a la erudición sino al conocimiento.

Buen escritor, capaz de expresar sus ideas sin excesos literarios expuso la verdad histórica sin desviar la atención del lector y con esta capacidad Fernández del Castillo emprendió una labor sistemática de exploración de archivos; hecho que le permitió realizar un extenso trabajo editorial de artículos, ensayos y libros. Trabajos que hasta la fecha son básicos y sirven de punto de arranque para muchos de los estudios histórico médicos de nuestro medio. Podríamos llenar varias páginas con una relación de estos trabajos, la mayoría dispersos en diferentes revistas y unidos formarían un acervo histórico médico muy extenso. Fernández del Castillo, por afición personal, conoció los tanteos y afanes de la medicina mexicana y no podemos olvidar el enorme aporte bibliográfico que a lo largo de sus 47 años de historiador, ha dejado como señal y base de estudios posteriores.

Por sus intereses intelectuales Don Francisco ingresó a la Academia Mexicana de Cirugía, la de Ciencias "Antonio Alzate" y la Mexicana de la Lengua.

En 1945 ingresó a esta Academia para ocupar un sitio en la sección de Historia de la Medicina; desde entonces se dedicó a innumerables temas de la especialidad y, al mismo tiempo, durante 15 años participó activamente en los quehaceres administrativos de la corporación. En 1947 actuó como secretario de actas y 4 años después, el 10 de octubre de 1951, fue nombrado secretario general, cargo que ocupó hasta febrero de 1957. Durante su gestión dictaminó en unión con otros académicos sobre

diferentes trabajos de concurso acerca de la Historia de la Medicina Mexicana. A ese período corresponden algunos cambios que hubo en el reglamento de la Academia, pues participó en las modificaciones al reglamento realizadas en 1951 y 1957, todas ellas en relación con las secciones y los socios.

Después de una intensa actividad, fue por varios años el único académico en medicina que mantuvo la sección de historia.

A los 20 años de su ingreso, el 10 de marzo de 1965 fue nombrado académico titular y desde 1967 a 1970 presidió el departamento de sociología médica de la propia Academia. Por su labor en esta Corporación en 1982 se le nombró Miembro Honorario.

Pasan de 50 sus trabajos publicados en la GACETA MEDICA y son particularmente valiosos los libros *Historia de la Academia de Medicina de México* que perdura como texto original de lo que fue la historia académica del país y su trascendencia en los últimos 150 años y la *Bibliografía de la Gaceta Médica de México*.

Imaginemos a don Francisco en los principales momentos de su espíritu, traslademos nuestro recuerdo y lo veremos como tantas veces: sentado tras de su escritorio, dictando, escribiendo, preocupado siempre por la mejor y más clara expresión. Con su proverbial docencia, algo nervioso por el apremio del tiempo, con las mejillas enrojecidas, concebimos muy bien su personalidad intelectual.

Por deducción, por analogía, alargando indefinidamente las observaciones y sentimientos expresados por don Francisco, llegamos a establecer nuevos valores en la profesión. No es suficiente observar a don Francisco desde el exterior, hay que apreciar la psicología de sus obras y también esa especie de atmósfera moral que marca sus verdaderos alcances.

En forma resumida afirmamos que Francisco Fernández del Castillo expresó sus temas históricos con cierta mesura, y con reverencia narró el viaje de la medicina mexicana hasta lograr que la colectividad médica cambiase su conducta al encontrar una idea o una nueva forma en esta narración.

Con discreción, como si hubiese querido evitar incómodos con su deceso, nos dejó un hombre que en vida jamás ocasionó daños.